

GONZÁLEZ IGLESIAS, José Antonio y Guillermo APRILE (eds.). *La felicidad en la Historia. Representaciones literarias de la felicidad desde la Antigüedad al presente*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2023, 270 pp. ISBN: 978-84-1311-744-7.

Me habría gustado leer este libro solo por placer, sin haber contraído el compromiso previo de hacer una reseña sobre él; claro que entonces quizá nunca habría llegado a mis manos; además, soy consciente de que leer por placer es algo vedado desde hace tiempo a cualquier profesor de universidad medianamente honesto en su profesión. Hay tanto que leer por obligación que resulta difícil dedicar los momentos de ocio a la misma actividad. Y, sin embargo, tengo un vago recuerdo de los momentos de felicidad –ya que de eso vamos a tratar– que en algún tiempo lejano me procuró la lectura. De todos modos, a pesar de haberlo leído con un lápiz en la mano, este libro me ha proporcionado algún momento de placer y muchos de interesante reflexión.

El caso es que el libro no venía con los mejores augurios. Se trata de una recopilación de artículos, producto de un coloquio internacional (“Transformaciones de la felicidad, de la Antigüedad al presente”, 19-20 de abril del 2022), que, a su vez, es actividad derivada de un proyecto de investigación de título parecido. Es decir, los ingredientes habituales para adoptar el mayor recelo frente a él. A cambio, he de confesar que el tema me parecía muy atractivo y, además, contaba con el aval de haber

sido elaborado por compañeros de la Universidad de Salamanca, siempre tan serios en sus tareas profesionales.

Desde el principio me pareció particularmente interesante el objetivo de relacionar las enseñanzas de la Antigüedad con el mundo actual, intento declarado por los editores en la introducción al libro (“Textos clásicos y actuales en los estudios sobre la felicidad”), donde, además de apuntar la plena vigencia de los textos griegos y romanos, señalan la voluntad de los distintos articulistas de tender puentes con la cultura contemporánea.

Me parece también digno de destacar el esfuerzo divulgativo de los diferentes autores a la hora de transmitir sus investigaciones; por eso es un libro, en general, de agradable lectura, que se hace difícil comentar globalmente. Apuntaré a continuación, con la brevedad inexcusable, aquello que, en cada caso, me ha parecido más interesante, consciente de que la mayoría de los trabajos merecerían atención más detenida.

David Konstan (“La felicidad y la historia”) trata sobre los factores externos en la felicidad del individuo. ¿Es posible, como pensaban estoicos y epicúreos, conseguirla sin país, sin amigos, sin familia y en las peores condiciones sociales? ¿Hasta qué punto esas condiciones marcan la felicidad individual? A tal propósito se hace eco de un programa de TVE, de 1987, en el que Octavio Paz, Vargas Llosa, Vázquez Montalbán, Agustín Goytisolo, Jorge Semprún y Fernando Savater debatieron sobre cuál había sido la época más feliz de la historia. Frente al optimismo de Vargas

Llosa sobre la sociedad occidental contemporánea, Octavio Paz ponía de manifiesto su escepticismo: “Son sociedades que me da tristeza verlas porque me parece que son sociedades encadenadas al culto del éxito, del dinero, movilizadas por la propaganda, por el consumo”.

Pura Nieto (“Filón de Alejandría: felicidad, historia y virtud”) nos trasmite las tres características que, según el platónico Filón de Alejandría, determinan el concepto de felicidad: 1) la libertad del individuo para aceptar en su vida y reconocer la Ley Mosáica, 2) la estabilidad y constancia en la excelencia y virtud, 3) el sentido de comunidad. La primera se explica por la condición de rabino del filósofo y creo que se comenta sola; la segunda resulta un tanto consabida, pero la tercera no deja de llamar mi atención. Cuenta Nieto que Filón ponía el ejemplo de algunas sectas judaicas (terapeutas o esenios), en las que había apreciado esa felicidad. Ese sentimiento de pertenencia a una comunidad creo que se parece bastante al concepto de amistad que defendía Epicuro y que consideraba elemento importante para la felicidad.

Marco Antonio Santamaría (“Las fórmulas de felicitación o macarismos en la literatura griega: de los cultos místicos a la iniciación filosófica”) define en su ensayo qué se entiende por macarismo: una forma de felicitación por un modo de ser o un logro fuera de lo común. Los macarismos consideran dignos de felicitación a los piadosos con los dioses, a los favorecidos por ellos y a los que logran un conocimiento reservado a unos

pocos, ya sea por la revelación mística (los iniciados en los ritos eleusinos, por ejemplo) o por el uso de una inteligencia excepcional, los filósofos, por ejemplo, a quienes se felicita por haber alcanzado un saber vedado a la mayoría. La filosofía se presenta, así, como una forma de iniciación con resultados benéficos, porque es usada en beneficio de los ciudadanos.

En “Diez palabras de Horacio sobre la felicidad”, J. A. González Iglesias estudia la oda I 37 de Horacio, centrándose en el personaje de Cleopatra y en los versos que el poeta le dirige: *quidlibet impotens / sperare fortunaque dulce / ebria*. (10-12). El autor analiza la semántica de cada una de esas palabras para concluir que en la lógica horaciana el mal está en el exceso. Me gustaría apuntar aquí, por si sirve de ayuda, que *sperare*, “tener esperanzas”, tiene en Séneca y en el pensamiento estoico claras connotaciones negativas.

Cleopatra aparece como un contrapunto de los ideales horacianos: la vida absolutamente privada frente al espacio público; la musa *humilis* frente a la arrogancia; el control y el autodomínio como vías hacia la felicidad. Solo al narrar la dignidad de la muerte de Cleopatra (*voltu sereno*) pone Horacio a la reina al lado de su proyecto de felicidad. La imperturbabilidad predicada por los filósofos se hace visible en la serenidad del personaje en ese momento final.

Guillermo Aprile (“El motivo de felicidad de los Metelos en la literatura histórica latina: temas, funciones, variaciones”) estudia en este ensayo la felicidad proverbialmente atribuida

a la aristocrática familia de los Cecilio Metelos, deteniéndose en la figura de Metelo Macedónico, que vivió en el siglo II a. n. e. Aprile analiza los textos de Veleyo Patérculo (1.11), Plinio el Viejo (*Nat.* 7. 139-146) y Valerio Máximo (7.1.1). Los de Veleyo y Valerio, historiadores del siglo I d. n. e., repiten la imagen de la “buena muerte” del Macedónico, rodeado de sus hijos y llevado en andas hasta la pira por ellos. Aprile apunta a la injerencia de la propaganda de Augusto en esta imagen doméstica de la felicidad; se trataba de exaltar la vida familiar como espacio central para alcanzar la felicidad. Una visión que contrasta con el modelo predominante hasta el siglo I a. n. e., donde el servicio al Estado se consideraba la mejor forma de felicidad.

La versión de Plinio, quizá la más interesante, discute el pensamiento predominante en su época, que consideraba la felicidad como una mera cuestión subjetiva, apartada de la materialidad física. Plinio concluye que puede considerarse bien tratado por la fortuna aquel que consigue no ser infeliz.

“El discurso público sobre la felicidad bajo Trajano” es un artículo de Isabel Gómez Santamaría, donde se analizan textos de la época de este emperador y de su antecesor, Domiciano, para intentar comprender qué se entendía por felicidad pública en los inicios de la dinastía Antonina. Gómez Santamaría revisa textos de Séneca, Marcial, Plinio el Joven y Tácito, así como inscripciones y monedas, para concluir que la expresión *felicitas temporum*, utilizada

profusamente en ellos, empieza a significar no solo prosperidad material, sino también condiciones de seguridad para desarrollar una carrera política. Son senadores quienes identifican la felicidad ambiente colectiva con aquello de lo que han estado privados en tiempos del emperador Domiciano, y, de algún modo, se opera una reducción de lo público a lo senatorial. “El momento histórico determina la concepción y percepción de la felicidad, como lo hace también la perspectiva del que la nombra y escribe sobre ella”, concluye la autora.

Particularmente interesante me ha resultado el trabajo de Marta Martín Díaz: “Imágenes epicúreas de la felicidad en el prólogo del libro II del *De rerum natura* de Lucrecio (Lucr. 2, 1-61)”. Con una breve, pero excelente, introducción a la filosofía epicúrea, Martín Díaz pone en relación el conocido tetrafármaco de Filodemo de Gadara con el prólogo al libro II de la obra de Lucrecio. Filodemo establecía cuatro pasos para alcanzar la felicidad: no temer a dios, no temer a la muerte, saber que lo bueno es fácil de conseguir y que lo terrible es fácil de soportar. Lucrecio presenta imágenes concretas que ayudan a retener visualmente lo que se intenta explicar. La imagen definitiva es la claridad de la razón frente a las tinieblas de la ignorancia: “La luz que aporta la filosofía epicúrea se contrapone a la oscuridad de un mundo sin conocimiento, privado de esta razón”.

Es también un trabajo notable el de J. A. Sánchez Martínez: “La evasión como forma de felicidad en la *Farsalia* de Lucano”. En una obra tan

pesimista, en la que, además de los estragos de la guerra civil entre cesarianos y pompeyanos, se narra la pérdida de la *libertas* a cambio del despotismo de los césares, hallamos destellos de felicidad que se producen gracias a distintos tipos de evasión.

La tregua de Ilerda (4. 168-205) ejemplifica la evasión de la *lex*, cuando el estado de felicidad se alcanza por la ruptura de la disciplina bélica: soldados de ambos bandos deciden confraternizar improvisando una tregua.

El sueño de Pompeyo la noche antes de la batalla de Farsalia (7. 1-44) sirve para ejemplificar la evasión de la realidad: un sueño feliz en contraste con su derrota y muerte reales.

La omisión en el relato de la maniobra decisiva en la batalla de Farsalia, exaltada por César en su *De bello ciuile* (3. 93), es el ejemplo de evasión de la narración; Lucano intenta condenar a César desde el silencio, con la esperanza quizá de que en la posteridad pague las culpas que ha contraído y que en tiempos del poeta no se le exigían.

En “La felicidad en el pensamiento político”, de Ariel Sribman, encontramos un recorrido histórico que analiza los cambios en la relación felicidad-política. Para algunos pensadores la esencia de la felicidad radicaba en la tranquilidad (Epicuro), para otros en la pasión (Nietzsche); a veces se busca la felicidad mirando a la divino, otras mirando a lo terrenal, pero no hay una evolución lineal, es frecuente la recuperación de ideas y modelos del pasado.

Sribman apunta algunas diferencias cruciales entre Roma y el

siglo XXI. Bajo el Imperio, la felicidad del emperador equivale a la del Imperio; en Occidente del XXI la felicidad es exclusiva de los ciudadanos. Para Cicerón felicidad es igual a virtud e implica participación en asuntos públicos; en el XXI esperamos que la política traiga felicidad con independencia de la participación en ella.

Termina el autor señalando, con la ayuda de Aristóteles, una inteligente posibilidad: quizá, en lugar de presuponer que la política ha de traer la felicidad, deberíamos otorgar a la filosofía más oportunidades de hacernos felices.

“Felicidad y literatura. *El azul de las abejas* de Laura Alcoba” es el título del artículo firmado por María Ximena Venturini. Un análisis de la novela mencionada en el título a partir de los postulados sobre felicidad de Sara Ahmed. La novela, que pertenece a la literatura del exilio, se ocupa de los expatriados a causa de las dictaduras argentinas. Una niña, desplazada en París junto a su madre, es feliz al releer las cartas que intercambiaba con su padre, encarcelado en Argentina.

Borja Cano Vidal también se hace eco de los postulados de Sara Ahmed sobre felicidad en su artículo “Un esqueje de felicidad: espacio, tiempo y escritura en *Los llanos* de Federico Falco”. El protagonista de la novela de Falco, tras un atribulado periplo vital, logra alcanzar al menos un esqueje de felicidad con la horticultura y la escritura.

Rafael Ponte Velasco es autor del artículo “La creación como camino a la felicidad. Una lectura de la novela gráfica *La broma asesina* de A. Moore

y B. Bolland a través de pautas narrativas horacianas y el estoicismo”. Ponte reivindica en este curioso ensayo la lectura como acto creativo y las posibilidades que ofrece para la felicidad: “Leer los cómics y ver las películas que tratan de sus desventuras conlleva no pocas satisfacciones”.

Finalmente, en “Dos formas de felicidad en una epístola amistosa de Catulo” Julián Bautista Bernal estudia el poema 9 del poeta de Verona, una carta de bienvenida a su amigo Veranio; el ensayo se centra en los últimos versos, donde el poeta se pregunta si hay “entre todos los

hombres felices alguno que se sienta más alegre o más feliz que él” (10-11). El autor analiza las diferencias entre los adjetivos *beatus* y *laetus* y formula una hipótesis bastante plausible: *beatus* haría referencia a la felicidad espiritual y *laetus* a la que se percibe a través de los sentidos. Catulo transmite de ese modo “la idea de una felicidad doble, una física y perceptible por los sentidos para terminar en un sentimiento de felicidad redondo y espiritual”.

Antonio CASCÓN DORADO
Universidad Autónoma de Madrid
antonio.cascon@uam.es